

SALVO EL CREPÚSCULO

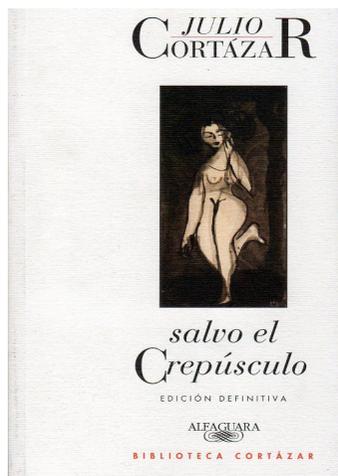
Julio Cortázar (2009)

Madrid: Alfaguara

Cuaderno de poeta, itinerario de juegos, diario de lecturas íntimas. Todo esto es *Salvo el crepúsculo* (2009), de Julio Cortázar. Reúne muchos de los poemas escritos a largo de su vida, pero no tienen el propósito de ofrecer al lector solamente una colección poética. Cortázar comenta, revisa, escribe de su propia mano; se permite los juegos de la palabra y la alteridad; hace de la poesía arcilla de sus creaciones más libres. Y aunque —como advierte la brevísima sinopsis del dorso— no pudo revisar la versión final de este libro, es más que seguro que es prueba fehaciente de su espíritu lúdico y siempre lozano.

“Edición definitiva” reza la portada de la edición que preparó Alfaguara. Sin embargo, basta con abrir las primeras páginas para descubrir que lo definitivo y Cortázar no son compatibles. El libro tiene catorce partes, pero nada indica qué criterios ha seguido el poeta para darles ese orden. En cada parte va dando sus opiniones sobre temas aleatorios, experimentando con estructuras, tejiendo y destejiendo temas. Se permite esperar hasta la página sesentauno para confesarnos que no se atiene sólo a los versos en su poética:

Un amigo me dice: “Todo plan de alternar poemas con prosas es suicida, porque los poemas exigen una actitud,



una concentración, incluso un enajenamiento por completo diferentes de la sintonía mental frente a la prosa” ... Puede ser, pero sigo tercamente convencido de que poesía y prosa se potencian recíprocamente y que lecturas alternadas no las agreden ni derogan (p.61).

Así que fiel a este convencimiento construye esas formas particulares de la poesía a las que él da nombres como meopas, prosemas, pameos, siempre con la intención de dar al lenguaje, a la palabra, mayor amplitud; un universo de posibilidades que puedan contravenir “la corriente de los conformismos, las ideas recibidas y los sacrosantos respetos” (p.61). Porque cuando Julio Cortázar escribe poesía es tan lúdico —quizás más— que cuando escribe cuentos o novelas. Algunos de sus libros menos estudiados, pero que resultan fundamentales en su obra, *Último round* y *La vuelta al mundo en ochenta días*, precisamente intento de aunar, bajo formas lúdicas, tanto prosa como poesía. Y por ello, en *Salvo el crepúsculo* pueden encontrarse esas intervenciones del poeta que habla en mitad de los poemas:

No sé en qué medida las letras del jazz influyen en los poetas norteamericanos, pero sí que a nosotros los tangos nos vuelven en una recurrencia sardónica cada vez que escribimos tristeza, que estamos llovizna, que se nos atasca la bombilla en mitad del mate.

Rechiflao en mi tristeza

Te evoco y veo que has sido
en mi pobre vida paria
una buena biblioteca.

Entonces, el poeta que se siente libre escribiendo en cualquier registro, sobre cualquier tema, no es intimista, romántico, manierista, barroco, romántico, experimental. Es lo que necesita su creación del momento. No hay un poeta fijo en Cortázar, pues es amoroso, místico, comprometido o surrealista en la misma medida y sin avisos previos. Escribe en cocoliche, en francés, en inglés, según lo exija la vena del momento. Usa el centro de la página, los bordes, la atraviesa, obligando a abrir el libro como una carta —¿para enfatizar el carácter de destinatario del lector?— sorprende con algún comentario, como ya se vio. Es un estudiante de la poesía, que buscando su estilo desmonta lo ritual, la convención.

¿Cuáles son los temas de este poeta iconoclasta? Todos. Escribe un poema a César y a su amada; a sus gatos y a su viaje por Grecia, la tumba de Alejandro; diserta sobre el placer de oír un disco con audífonos y celebra al amor de Adriano por Antínoo, prestando su voz al Emperador poeta. Y la separación en partes que él intentó se desvanece en el proceso. Como también se desvanece la voz de Julio Cortázar. O se funde. O cede su lugar a la de Calac y Polanco, sus otros Yo poético. Tipos más serios a los que él trata con cierta autoritaria ternura, etiquetándolos o disculpando sus excesos. Y con ellos establece un diálogo que comparte con el lector:

—Vos —me dice Calac que anda rondando como siempre cuando huele a cinta de máquina — se diría que te pasaste la vida en Nairobi. —Pensar que le pagaban un sueldo increíble como revisor de la Unesco —dice Polanco que ya se apoderó de mis cigarrillos—, y que el tipo no hizo más que rascar la lira durante dos meses. (p.70).

A medida que va compartiendo algunos secretos de su escritura, al principio, en medio o al final de cada parte, Julio Cortázar va agregando algunos versos ajenos. Podría pensar algún

lector desprevenido que son epígrafes. La verdad es que son más bien compañeros de viaje, acompañantes de su propia escritura, a quienes reconoce la complicidad de alguna imagen, de ciertos rumbos de sus poemas. De Matsuo Basho toma el título del libro, pero también están John Keats, Vicente Huidobro, Roque Dalton, Robert Desnos, Homero Manzi, Guillaume Apollinaire, Octavio Paz, José Lezama Lima, Edgar Allan Poe, entre muchos otros, a quienes hacen coro las notas de Duke Ellington, Louis Armstrong, el tango, la milonga. De manera que la faceta poética de Julio Cortázar termina por parecerse por completo al escritor de novelas y cuentos que conocemos, haciendo bromas refinadas con el lenguaje y las lecturas en *Rayuela* o *Historias de cronopios y de famas*.

Visto con detenimiento *Salvo el crepúsculo* no revela tanto un lado poco conocido de Julio Cortázar. Cualquier lector que haya seguido su obra con alguna atención habrá leído muchos de los poemas contenidos en este libro. También descubrirá muchos que pasaron inadvertidos en otras ediciones. No obstante, la oportunidad que ofrece este libro es la del diálogo. Que Julio Cortázar, “en persona”, le presente al lector sus poemas como en una larga conversación, íntima, cercana, en la que va pasando de un tema a otro, sin más guía que el derrotero intuitivo de una confesión.

Bettina Pacheco